



IMÁGENES DEL CALDENAL

TEXTOS Y FOTOGRAFÍAS
Gerardo Salvador Salonia



IMÁGENES DEL CALDENAL

IMÁGENES DEL CALDENAL

GERARDO SALVADOR SALONIA

FOTOGRAFÍAS Y TEXTOS

a Oscar Balducci



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
EL BOSQUE	15
LOS ÁRBOLES	17
EL AGUA	21
EL FUEGO	23
EL FUTURO	25
LOS RANQUELES	43
COLONOS Y HACHEROS	73
SOBRE LAS FOTOGRAFÍAS	96
BIBLIOGRAFÍA	98



INTRODUCCIÓN

Este conjunto de imágenes y textos tiene como núcleo los bosques en los que predomina el caldén, árbol típico y exclusivo de la Argentina.

Los ranqueles lo nombraron *huitrú*, los españoles *caldén* y la ciencia, hacia 1930, le dio identidad botánica como *Prosopis caldenia* Burkart. Las tres denominaciones se refieren al mismo árbol pero representan diferentes cosas para quienes lo nombraron. Huitrú, la fuerza y el arraigo de la planta y de la etnia que legó el vocablo; caldén —si la palabra proviniese de *caldus*—, el calor que da su leña; y *Prosopis caldenia*, el parentesco con los algarrobos (género *Prosopis*) y a la vez su singularidad. Acompañado por el algarrobo dulce (*Prosopis flexuosa*), el chañar (*Geoffroea decorticans*), el molle negro (*Schinus fasciculatus*) y la sombra de toro (*Jodina rhombifolia*), el caldén fue una presencia preponderante en el Mamil Mapu o país del monte de los ranqueles.

Su madera se convirtió en pisos de parquet, en pavimento de algunas calles de la ciudad de Buenos Aires y, según dicen, de una plaza en Roma, además de haber alimentado hornos de panaderías y calderas de locomotoras. Sin embargo, el árbol es poco conocido por los argentinos.

Hace más de cien años sus bosques cubrían un amplio territorio de la Ecorregión del Espinal, llamado Distrito del Caldén, una franja que va desde el sudoeste de Córdoba y sudeste de San Luis, ingresa a La Pampa por el norte formando un arco central hasta el sudeste y penetra una cuña de bosque al sudoeste de Buenos Aires. Fuera de esa región los caldenes no crecen naturalmente en ninguna otra parte del planeta. La deforestación de miles de hectáreas ocupadas por esta especie pone en situación crítica la supervivencia del bosque. El fenómeno de la degradación –pérdida de biodiversidad y de altura y diámetro de los árboles– modifica su fisonomía de manera difícil de revertir.

Un bosque no es un monocultivo. El caldenal es un socioecosistema, un conjunto de especies vegetales y animales –incluida la humana– que va desde el frondoso árbol hasta el musgo, desde el insecto hasta el mayor depredador. Todos en un equilibrio dinámico que mantiene viva esa unidad. Nosotros formamos parte de él y decidimos su futuro.

Aunque en la actualidad el caldenal está protegido por la Ley Nacional de Bosques, el desmonte ha sido indiscriminado, y su ubicación en propiedades privadas hace muy difícil un control preventivo eficaz.

Así como hoy se talan caldenes para ampliar la frontera agrícola, empujada por la expansión de la soja, en el siglo XIX se desplazaba otra frontera interior, la que separaba a los “indios” de la “civilización” que había llegado pocas centurias antes con los españoles. El caldenal estuvo bajo el dominio de los ranqueles desde el último tercio del siglo XVIII hasta 1879; fue parte del “desierto” mencionado frecuentemente en la literatura

argentina de ese siglo, que muchas veces lo describió sin conocerlo. Un vacío, poblado por personas, por una fauna rica y por estos bosques, que les daban refugio y alimento. Un espacio que, poco tiempo después de la campaña del general Roca, se transformó en territorio fértil y se repartió en enormes latifundios. La literatura colaboró en la producción de contundentes efectos políticos y económicos. El “desierto inconmensurable, abierto”, que mencionaba Esteban Echeverría en *La cautiva* y que se extendía desde Los Andes hasta el Plata, devino en un espacio amable, apto para los negocios, sellando en buena medida el destino de la nación.

Ese desierto literario tuvo una frontera geográfica permeable e imprecisa. Con este libro, intentamos cruzar esa frontera y traer desde aquel territorio imágenes y otra literatura, tratando de dar visibilidad a estos árboles con el afán de advertir que, igual que sucedió con otros habitantes del lugar, pueden volverse transparentes y marchar hacia la desaparición.

Gerardo Salvador Salonia



EL BOSQUE

Fueron los españoles y criollos que se desplazaron en el siglo XVI desde la región andina del Alto Perú quienes llamaron *pampa* a los extensos llanos cercanos al Río de La Plata. La palabra es de origen quechua y significa *llanura*. El hito fundamental de su colonización fue la introducción de bovinos, equinos y ovinos hispánicos, seguida de su explosiva multiplicación y espontánea expansión al interior de las tierras. De esta forma, se inició la ganadería argentina como sello distintivo nacional, vinculada a la fertilidad natural de las llanuras pampeanas.

Los viajeros de los siglos XVIII y XIX que cruzaron la región describieron grandes extensiones de bosques impenetrables. Eran tiempos de ocupación ranquelina; este pueblo traficaba una gran cantidad de ganado bovino que dispersaba eficazmente las semillas de caldenes y algarrobos.

Los grandes desmontes fueron inmediatamente posteriores al final de la llamada Conquista del Desierto, en 1879. Lo certifican informes estatales, registros comerciales de la época y los caldenes de gran porte, los más altos y destacados, que quedaron para dar sombra a los más de seis millones de cabezas ovinas que ingresaron en el territorio de la Pampa después de 1880.



LOS ÁRBOLES

El paso del tiempo queda marcado en los árboles en círculos concéntricos llamados anillos de crecimiento, visibles en un corte transversal del tronco. Cada anillo tiene una zona clara que corresponde a la primavera y una zona oscura que corresponde al verano. En las características de los anillos influyen varios factores, como las cantidades de agua y de luz recibidas. Así es posible conocer la edad de un árbol y las condiciones en que vivió. Las formas griegas de las palabras *árbol*, *tiempo* y *razón*, aglutinadas, forman el término *dendrocronología*, con el que se denomina a la ciencia que estudia esas señales.

La lectura e interpretación de los anillos de crecimiento puede ser utilizada para conocer el régimen de lluvias de un período. De alguna manera, el árbol se comporta como un pluviómetro. De allí el título del trabajo que en 1931 apareció publicado en un documento del Ministerio de Agricultura de la Argentina: “El pluviómetro secular. Interpretación estadística de las observaciones”, de Carlos Krebs y Gustavo Fischer, dos agrónomos que trabajaban para el Ferrocarril Oeste, que por ese entonces circulaba por el área del caldenal.

En 1929, una gran sequía provocó la pérdida casi total de los cultivos, la muerte del ganado y el abandono masivo de las tierras. Esta emergencia socioecológica, conocida como “La Gran Penuria Agrícola”, llamó la atención de Krebs y Fischer, quienes trataron de establecer alguna relación entre las lluvias y el ancho de

los anillos de crecimiento del caldén. Midieron con regla y papel milimetrado los anillos de crecimiento de un ejemplar de caldén para luego compararlos con las precipitaciones anuales del lugar y obtuvieron una correlación entre esos datos que hoy sería aceptable pero que los criterios estadísticos de aquel momento aconsejaron desestimar.

El trabajo de Krebs y Fischer estableció la potencialidad del caldén para los estudios dendrocronológicos en virtud de las características anatómicas de su leño y de su longevidad de hasta trescientos años. Desde entonces, la información obtenida de la lectura de los anillos de crecimiento de los árboles se ha ido enriqueciendo a tal punto que hoy es posible inferir la abundancia o escasez de lluvias, incendios, desmontes, etc.

La dendrocronología evolucionó hacia la dendroecología, una ciencia que además, desde la biología, auxilia a la historia a través de lo que con su particular lenguaje narran los árboles.





EL AGUA

Hacia la segunda mitad del siglo XX, en algunas áreas del caldenal, la suma de la deforestación y el incremento de las lluvias en alrededor de cien milímetros anuales, provocó el afloramiento de las napas freáticas. Apareció entonces un extraño paisaje: el bosque inundado, y después de un tiempo, muerto. Por las sendas propias de pumas y jabalíes nadan ahora, entre los árboles ahogados, taguas y cisnes de cuello negro.



EL FUEGO

Los caldenes padecieron el fuego en tres períodos que han dejado marcas nítidas: el primero, en la época en que los ranqueles habitaban el Mamil Mapu y el incendio era una forma de aumentar el forraje que empleaban para el ganado, y también una manera de cubrir la retirada cuando el ejército atacaba las tolдерías; el segundo, en el momento de la colonización, entre 1879 y principios del siglo XX, y el tercero, a finales del siglo pasado.

A partir de 1940, aproximadamente, se produjo el reemplazo de la ganadería ovina por la cría extensiva de bovinos. El ganado vacuno dispersó las semillas de caldenes y aparecieron —o reaparecieron— formaciones boscosas nativas cada vez más densas que empezaron a competir con las pasturas. La solución que encontraron los productores fueron las quemas de control (fomentadas incluso desde las instituciones estatales, como por ejemplo el INTA).

Un intenso régimen de fuegos, en particular desde la década del ochenta, ha dejado aproximadamente un cuarenta por ciento de la superficie boscosa severamente dañada. En este tercer período, los incendios se volvieron más frecuentes, con intervalos menores a diez años. Pero el efecto de emplear el recurso de las quemas terminó siendo contraproducente, ya que de los árboles quemados crecen, a partir de un anillo de yemas durmientes que se encuentran entre la raíz y el tallo, rebrotes en forma de racimo. Estos renovales carecen de valor maderero y hacen del bosque un conjunto de arbustos impenetrable que, en definitiva, dificulta la cría de ganado.



EL FUTURO

Los bosques de caldenes se encuentran en una zona de ganadería tradicional, frente a una frontera agropecuaria marcada por una lógica productivista que tiende a vaciar los espacios rurales. En el centro y norte del caldenal se comprobó que árboles en conjuntos de menos de cien individuos adultos crecían hasta un cincuenta por ciento más que en bosques densos. Ese nivel de crecimiento supera incluso al de las especies que no son de la zona y que se quieren implantar, como álamos, pino carrasco y eucaliptus, que además requieren riego y fertilizantes para su desarrollo comercial en esta región de clima semiárido y suelos pobres. Mejorar la productividad maderera del caldén implica controlar la densidad de los bosques y excluir el uso del fuego.

El caldenal ha demostrado ser apto para la ganadería bovina. Por otra parte, de los bosques quemados podría extraerse madera para usos diversos, favoreciendo así el raleo y el desarrollo de los ejemplares que no fueron dañados y que aún conserven capacidad de crecimiento.

En síntesis, la conservación de este territorio constituye un desafío para la sociedad local, sujeto a numerosas controversias sociales y ambientales.

“El desierto, inconmensurable, abierto y misterioso [...].

Gira en vano, reconcentra su inmensidad y no encuentra la vista,
en su vivo anhelo, do fijar su fugaz vuelo, como el pájaro en el mar”.

Esteban Echeverría



“En cuanto a mí, confieso que, absorto, contemplaba allí la naturaleza y no me explicaba por qué era una idea arraigada que pampa quería decir una gran sabana de tierra, donde la vista no encuentra un solo objeto en qué fijarse”.

Adolfo Alsina



“He vuelto al monte. No me interesa discutirle al puma o al jabalí los secretos de sus guaridas: solo quiero sumergirme en la espesura, donde no hay caminos trazados, ni sendas recorridas, ni el plan de un parque inglés, ni el alumbrado terminal, ni el horizonte infinito y torturante del desierto”.

“Todo es igual en el monte y no hay rincones repetidos. El pastizal está de fiesta porque el año ha sido lluvioso. ¡Con qué sosiego impasible la vegetación añosa, centenaria, que tiene historia de tormento, contempla la alegría infantil de toda esa vegetación menuda que nace y muere a sus pies con el ritmo de las estaciones [...]”.

Juan Monticelli



“Pero la especie admirable es el caldén que hace en la Pampa bosques interminables de leguas y más leguas grandes como los árboles tropicales hasta sus diez metros de estatura, vive como un gaucho pobre, de hambre y de experiencia”.

Juan Monticelli



“El árbol se levanta a manera de titán indómito,
con su tronco de recia corpulencia [...]”.

“A primer golpe de vista ofrece un aspecto huraño, por lo recio
y fuerte; quizá por lo mismo invita a cobijarse al amparo de su
fuerza y a aceptar el resguardo de su generosa protección”.

Justa Roqué de Padilla



“Contemplada, desde abajo, su copa es de una belleza indescriptible; es un tejido admirable, un entrelazado soberbio de aquellos millones de filamentos que ni se tocan entre sí, pero que tejen una verdadera techumbre verde claro-oscuro”.

“Nunca han estado aislados, han nacido y vivido en bosques compactos, soberbios conjuntos de opulenta riqueza de la llanura”.

Justa Roqué de Padilla



“Hasta la prueba del fuego han soportado, porque esas fantásticas quemazones que enciende en las calladas noches los horizontes, chamusca su superficie y los deja listos y sin rencores a la espera de otro año sin ultrajes”.

Juan Monticelli



“Se fue el indio, se fue el gaucho, se irán uno a uno los caldenes
y la Pampa Argentina cada vez más despojada de sus tesoros
primitivos, sentirá con honda pena el cercenamiento paulatino
de lo que fue suyo [...]”.

Justa Roqué de Padilla





LOS RANQUELES

Se conjetura, en base al estudio de sitios arqueológicos próximos, que el caldenal estuvo poblado mucho antes de que los viajeros que pasaran por él dejaran constancia de la presencia de los ranqueles o ranquilches (gente de los carrizales). Este pueblo, según Jorge Fernández C., tendría su origen en una fracción de los pehuenches (gente del Pehuén o araucaria) ubicada en el extremo norte del Neuquén, en el curso superior del río Agrio, entre las actuales localidades de El Cholar y Ñorquín, región conocida como Ranquil Lom (bajo de los carrizos). Por desavenencias con otros pehuenches, los ranquilches se trasladaron a la Pampa central en el último tercio del siglo XVIII. Desde entonces tuvieron dominio sobre buena parte del caldenal hasta la campaña militar de 1879, llamada Conquista del Desierto. Quedaron luego algunos grupos dispersos como el que protagonizó el combate de Cochicó en agosto de 1882.

Los intercambios comerciales entre indígenas y blancos eran frecuentes, sobre todo en las poblaciones vecinas a la “frontera”. Los ranqueles incluso tuvieron participación en los enfrentamientos entre unitarios y federales.

Las palabras *maloca* y *malón* provienen del mapudungun (lengua de los mapuche) y significan “hostilizar al enemigo”. Con la primera, se nombraron los ataques de soldados españoles a las tolдерías indígenas con el propósito de obtener mano de obra esclava. Eran comunes tanto en Chile como en el Río de la Plata. Los “malones” fueron la respuesta ofensiva de los indígenas a esas incursiones de los blancos. Recién a finales de 1740 tuvo lugar el ataque de una “vasta coalición indígena”, según señala Roulet, contra las poblaciones de Arrecifes, Luján, Matanza y Magdalena, marcando el inicio de estas prácticas.

A medida que los vacunos criados de manera silvestre en la pampa fueron mermando, los estancieros –de los que Juan Manuel de Rosas fue un notorio exponente– necesitaron ampliar sus territorios, y sus intereses colisionaron con los de los indígenas que ocupaban algunos puntos del llamado “desierto” y tenían dominio sobre vastas zonas limítrofes con las de los blancos. Esa era la frontera interior, difusa y permeable. Una de las campañas para apoderarse de las tierras fue encabezada por Rosas en 1830 y como consecuencia de ella se establecieron pactos con casi todos los grupos de la pampa, excepto con los ranqueles.

Dos fueron los centros de poder de esta etnia: las tolderías de Leuvucó y Poitahué. La primera, asiento del cacique general Yanquetruz, luego de Painé Gner y de su hijo Panguitruz Gner, conocido como Mariano Rosas (en 1836 fue tomado prisionero y entregado a Juan Manuel de Rosas, quien lo hizo su ahijado y le dio su apellido, pero lo mantuvo en cautiverio hasta 1840), sucedido a su muerte, en 1877, por su hermano Epugner. La segunda, sede del cacique Pichuín Gualá, sucedido por su hijo Baigorrita (Manuel Baigorria Gualá, 1837-1879). Ambas tolderías distaban entre sí unos cincuenta kilómetros y en la actualidad se ubicarían cerca de la ciudad de Victorica, en la provincia de La Pampa.

En 1878, cuando Roca asumió el Ministerio de Guerra durante la presidencia de Nicolás Avellaneda, un grupo de hacendados nucleados en la Sociedad Rural se comprometió a financiar una campaña militar para desalojar definitivamente a los indios y llevarlos al sur del río Colorado, límite entre las actuales provincias de Mendoza y Neuquén, La Pampa y Río Negro. Se vendieron anticipadamente las tierras que se desocuparían y se prometieron parcelas a oficiales y tropa del ejército argentino como premio por la participación en la empresa.

Finalizada la campaña militar, los indígenas que sobrevivieron fueron confinados en campos de concentración –en la isla Martín García funcionó uno muy importante– y repartidos: las mujeres y los niños entre las familias blancas que los requirieron, y los hombres en estancias de Buenos Aires y la Pampa, ingenios azucareros en Tucumán, obrajes madereros en Santiago del Estero y yerbatales en Misiones. Algunos, los más jóvenes, fueron incorporados a la marina de guerra, al ejército y a diversas policías. Se deshicieron las familias y al ser bautizados e incorporados al culto católico, fueron despojados también de sus nombres en mapudungun.

Epugner fue enviado a la isla Martín García. Según algunas versiones, terminó su vida trabajando como peón en una estancia en la Pampa.

A Baigorrita lo mataron cuando intentaba llegar a Neuquén con los suyos.

Yancamil comandó exitosamente a los ranqueles en Cochicó, último enfrentamiento con el ejército en el territorio de La Pampa. El combate tuvo lugar en agosto de 1882, contra una partida integrada en su mayoría por indios “amigos”, al mando del teniente Tránsito Mora. Yancamil fue perseguido y capturado en 1885. Luego lo enviaron a la isla Martín García y desde allí a Misiones a trabajar para Rudecindo Roca. En el camino escapó y se asiló con los guayaqués, en el Paraguay. Años después, lo indultaron y le entregaron una fracción de tierra en la Colonia Mitre, reducto ranquel en el inhóspito oeste pampeano.

“Las crónicas de comienzos del siglo XVIII no los mencionan. Las subsiguientes a su segunda mitad, en cambio, no hacen más que referirse a los daños por ellos provocados. Desde entonces pasaron a constituir la polilla, el orín del desierto, ladrones de hacienda, mujeres y niños”.

“[...] Juan Manuel de Rosas, el Implacable, les llevó una guerra feroz y cruel, que aún reduciéndoles a sesenta lanceros no llegó a destruirlos, pues los Ranqueles parecían renacer multiplicados de sus propias cenizas”.

Jorge Fernández C.



“Leuvucó, pertenece al departamento Leventué y los entendidos en lengua aborígen traducen Leuvu-có como ‘Manantial que desborda’. Ese era el lugar de asiento de una toltería grande; un pueblo con ranchos, corrales, palenques y negocios [...]”.

“Estos caciques ranquelinos fueron humillados y su pueblo perseguido y destrozado. No escribo más comentario que éste: mansamente se entregó el temido cacique Epugner, mientras estaba espigando en su campo de cebada como la pobre Ruth de la Biblia”.

Meinrado Hux



“[...] 1878, año en que la Pampa entera fue azotada por el Gualicho Grande –una formidable peste de viruela– cuando enancados en ella llegaron los capitanes del general Roca vomitando fuegos de exterminio sobre los habitantes de Mamil Mapu”.

Jorge Fernández C.

“De pronto, al disiparse la bruma de la mañana, se divisa al grupo que marcha por la otra orilla del río Agrio. Una orden nerviosa y allá van los milicos a largarse por el vado cercano sin esperanza de alcanzarlos. Algo repentino sucede entre la indiada. El amago de apresurar la huida se convierte en una vacilación, un remolinear de los caballos y, enseguida, aquella minúscula tropa, pega la vuelta, se ordena, alza las tacuaras y junto con el viejo grito de pelea, galopa su última carga para proteger a las familias, esos restos andrajosos y famélicos que transitan los pedregosos senderos del exilio. Ellos, los orgullosos hijos de Mamüll Mapó”.

Evar Amieva



“Son varios los lanceros que, en la huida, se condenan voluntariamente a una muerte cierta quedándose de a pie en plena travesía, pasándole el propio y único caballo de refresco. Lo hacen porque Baigorrita no es un cacique más, su categoría, su jerarquía, aquella que no apreció su compadre Mansilla, es muy superior a la de cualquier mandón de alto nivel, solo es comparable a la de un hombre santo”.

Jorge Fernández C.



“[...] en la costa de enfrente los sorprendidos rémington de la partida que manda el sargento Ávila disparan. Son certeros y desbandan. Hieren. Baigorrita cae. Es jefe hasta lo último. Ordena la retirada de su gente y se yergue como puede apoyado en su lanza, sujetando el caballo. Hace flamear hacia atrás la bandera argentina que le sirve de poncho y espera a los soldados cuchillo en mano. Un golpe basta para dar por tierra con el herido”.

“Lo vendan como pueden y lo montan a caballo. Baigorrita ya no es más que una sombra de su ayer, para peor herida y cautiva. Hay silencio en la tropa, impuesto por la presencia misma de ese indio desmayado y sangrante que llevan al fortín. El famoso Baigorrita... quién lo hubiera dicho.

[...] Cuando reacciona se ve frente a su futuro. Intuye (sabe) una maraña de burlas y humillaciones, de encierros y de alambrados, de peonaje en las estancias de los vencedores. Baigorrita no. Él ha sido el dueño del viento de a ratos, es tan de la tierra como la tierra es suya, él conoce, entonces, la libertad. Loco de furia y de dolor se arroja del caballo. Hay sorpresa. El grito es tan profundo como sincero: –Baigorrita no cautivo, Baigorrita no llevando...!”.

Walter Cazenave



“[...] el cacique Baigorrita no queriéndose rendir, ha sido muerto por las fuerzas del coronel Uriburu, noticia que pongo en conocimiento de V.S. y de la División a su mando, por la desaparición de la raza ranquelina, y el feliz acontecimiento de la muerte del último cacique como lo era Baigorrita”.

Parte militar de la muerte de Baigorrita



“Aquel 19 de agosto (de 1882), día de la tragedia, el frío penetrante de La Pampa, dificultaba la marcha de hombres y animales. Al llegar al Salado Chico, los soldados sorprenden dos indios bomberos de Yancamil. Consiguen prender a uno y tras el interrogatorio, lo degüellan. El Cacique, al enterarse, arremete buscando venganza”.

“La partida retrocede hasta Cochicó, buscando amparo en un chañaral y se preparan para resistir. El remington causa estragos entre la gente de Yancamil, pero los soldados son superados en número. Tras una hora de pelea, los ranqueles se retiran cuando ven caer a Mora, alfiletero de 33 chuzas pampas, con la yapa de un bolazo en la cara. Aunque se han cebado en su cuerpo, no muere”.

José Carlos De Petris



“Matrerea alzado por el oeste hasta 1885 pero a mediados de agosto de ese año lo acorralan en la laguna de Meucó. Se lanza al agua con su caballo pero el cerco es efectivo. Cae prisionero. Las órdenes de Roca son terminantes: no matarlo”.

“Y se acentúa el tono épico en la vida de Yancamil. Es prisionero en Martín García hasta que Rudecindo Roca, a la sazón gobernador de Misiones, lo reclama con los suyos para que trabaje en los yerbatales del Alto Paraná. Y allá va al guerrero. En el camino se subleva y domina a los custodios de la embarcación que los conduce. En la ribera paraguaya reciben asilo”.

Walter Cazenave



“Seguimos siempre enseñando, bautizando, y de cuando en cuando sepultando. Los bautismos alcanzan hasta 386. Los Ladrones de Paraíso alcanzan hasta 81. Estos indios se mueren como han vivido. En la Pampa se llevaban ganado, aquí en pocos días se roban el cielo. Bendito sea Dios y Vuestra Excelencia”.

Padre Birot, 2 de marzo de 1879, Isla Martín García



“Es probable que, dentro de cincuenta años, las familias indígenas hayan desaparecido de los territorios pampeanos que durante trescientos cincuenta años han ocupado. Esta extinción, aunque operada con lentitud, tiene que producirse”.

“Hoy, han perdido hasta la fisonomía salvaje. La reacción se ha operado en el físico de los indios; las mujeres visten a la usanza del país: van calzadas y limpias. Los niños han dejado su chamal o chiripá y visten pantalón, saco y gorra. ¡Honor al gobierno y al pueblo argentino por esta hermosa conquista de la humanidad y la civilización!”.

Federico Barbará



¿Se acabará el infierno? / ¿Avam cam cùthral mapu?
No se acabará, nunca jamás. / Mu, Avlay, chumul no rume.

*Pequeño Catecismo Castellano-Indio para enseñar
la doctrina cristiana a los indios que están
en casa de particulares, 1879*



ELLANELAI CALLFU MAPU

(Bonita es la tierra que se ve tan azul)

Cierto es que no somos felices, hermano,
pero a qué tierra iremos, hermano,
A qué tierra iremos donde no haya
pesares

Bonita es la tierra que se ve tan azul.
Pero es azul y bonita
Solo porque está muy lejos.

Juntos estuvimos bajo un mismo poncho,
hermano.
Caricias del alba borran el lucero.
El gallo ha cantado tres veces hermano,
vete ya a los toldos. Solita me quedo.

Bonita es la tierra que se ve tan azul.
Pero es azul y bonita
Solo porque está muy lejos.

Hernán Deibe,
Canciones de los Indios Pampas





COLONOS Y HACHEROS

Los territorios controlados por el Ejército se distribuyeron entre los miembros de la Sociedad Rural, los suscriptores del empréstito internacional –garantizado por esas tierras– y los oficiales y tropa que participaron de la campaña militar. El caldenal entró en el reparto y comenzó el desmonte para preparar la explotación ganadera, ovina primero y bovina después. Con el fin de dar sombra a la hacienda, se dejaron algunos árboles aislados que, al no tener competencia, alcanzaron un notable desarrollo.

Las inmensas extensiones se dividieron con criterio geométrico sin tener en cuenta la naturaleza del terreno y sus accidentes. Como dice el padre Monticelli, naturalista salesiano: “el mapa de la Pampa ha resultado como dos pedazos de papel cuadriculado, pegados en desacuerdo, de modo que en el lugar de unión aparece un desorden de triángulos y trapecios”. Luego, se subdividieron en pequeñas parcelas y se arrendaron a agricultores llegados en su mayoría de Europa y del cercano Oriente. También, se instalaron obrajes madereros que emplearon como mano de obra a indígenas provenientes de provincias del noreste y a un nutrido grupo de eslavos. Así, se estableció una explotación minifundista que en el lapso de cincuenta años dejó el suelo sin nutrientes y los colonos tuvieron que emigrar en busca de nuevos campos donde desarrollar la agricultura.

Fueron años de convulsiones y luchas. Chacareros, trabajadores vinculados a las tareas agrícolas y hacheros trataban de conseguir condiciones laborales más favorables. Era, por ejemplo, una práctica común exigir que los hacheros trabajaran con herramientas propias y que pagaran el agua, elemento escaso en el caldenal. Vivían solos o con sus familias en pozos cavados entre los caldenes, cubiertos por ramas que formaban un techo a dos aguas. Los colonos solo podían tener un exiguo número de animales, insuficiente para la subsistencia, y debían sembrar lo que el arrendador dispusiera y luego entregar la cosecha embolsada en la estación de tren, haciéndose cargo del acarreo.

No sorprende, en una realidad de esas características, la aparición de alguien como Juan Bautista Bairoleto. Justiciero para algunos, ladrón y asesino para otros, su historia se explica por las extremas condiciones de vida de la mayoría de los pobladores del Desierto redimido.



“A nosotros, los obreros de la primera hora, nos ha tocado lo más duro de la tarea; afirmar los guadales, abrir los caminos, reconocer el suelo y el subsuelo, buscar las vertientes, hacer plantaciones, gastar en mil ensayos el muchas veces escaso producto de la ganadería, cercar, edificar, etc., y todo esto sin esperanza de gran porvenir, impulsados por el amor al trabajo, sin grandes ambiciones, cautivados por la vida al aire libre y con un cariño cada vez más profundo a esta tierra regada por el sudor de todos y por la sangre de algunos [...]”.

Alfonso Capdeville



“Es cosa curiosa ver esas líneas rígidas como el derecho,
interminables como las desdichas, someterse a las irregularidades
del terreno y subir por la cresta de los médanos simulando la espina
dorsal de saurios gigantescos dormidos bajo la arena”.

Juan V. Monticelli, sobre los alambrados



“José Escol Prado, en una de las cinco notas que publicó en un diario de Buenos Aires, menciona [...] la existencia de toldos míseros y la ausencia de médicos y escuelas. Localiza sus notas desde Ingeniero Foster y denuncia también el hallazgo de un cartel que rezaba así: ‘Necesito hacheros. Agua y herramientas gratis’, con lo cual se ratificaba que la venta de agua tenía vigencia cuando la oferta de mano de obra equiparaba o superaba a la demanda”.

Jorge Etchenique



“Miró el descampado que ofrecía a cada pocos metros el muñón
de un tronco a ras de tierra, como prólogo del caldenar que
absorbía a los que se internaban en él.

En ese ambiente todos iban convirtiéndose en muñones, en
espectros. Y como los restos del caldén, los hombres al final
quedaban en estorbos en medio del camino, sin saber qué hacer
y sin servir para nada”.

José Escol Prado



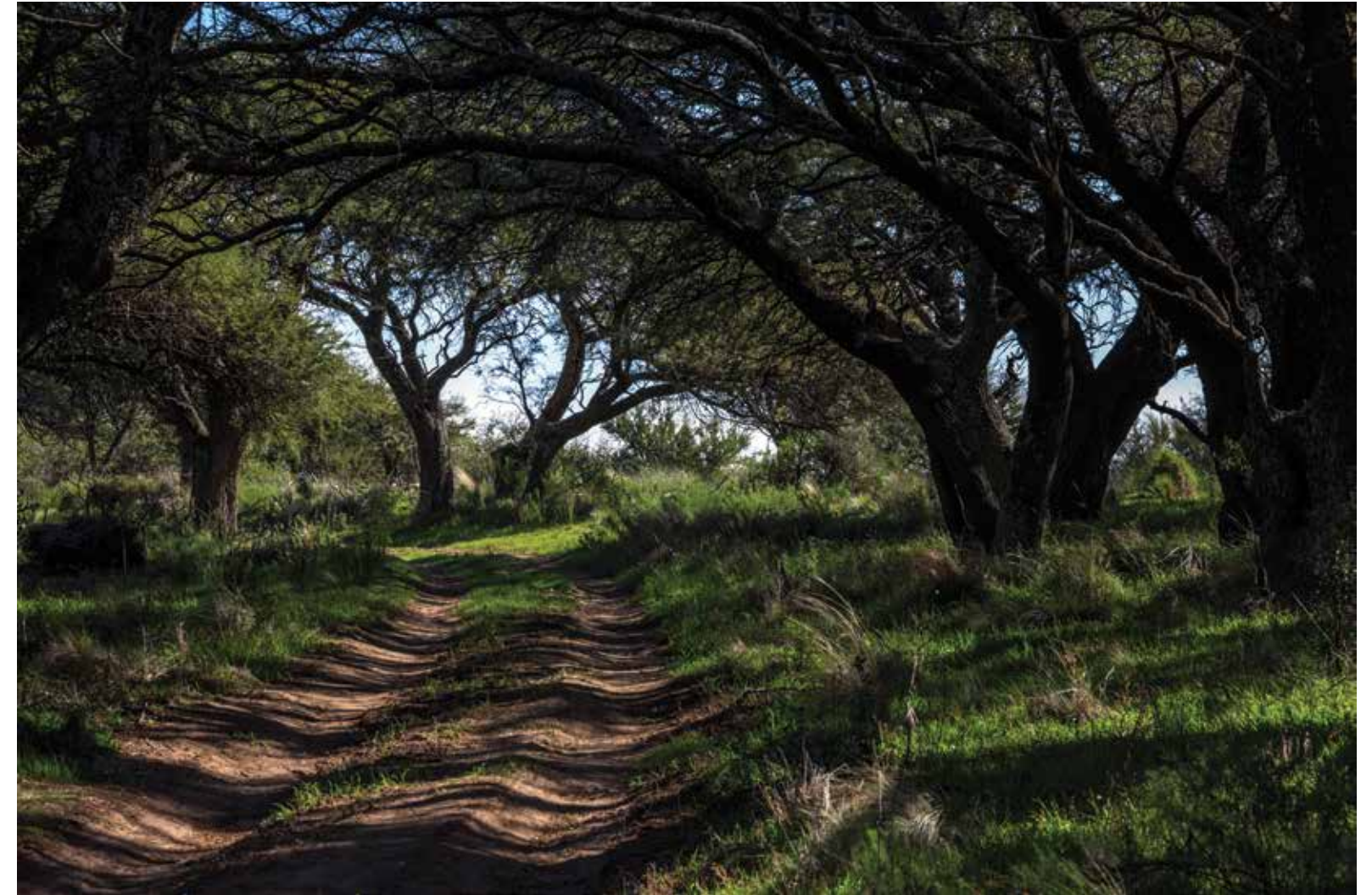
“Su ubicación en ese medio era peculiar como único hachero gringo del monte. Para los demás su trabajo rayaba lo despreciable. No era digno ocuparse de la basura, la broza sobrante después de sacar la madera y la leña. Para sí mismo, la calificación de su tarea no importaba, sino la propia estima de quién era él: un europeo, un civilizador. Esa guerra de mutua destrucción entre los nativos y el monte estaba impuesta por lo que él representaba, por quienes, realmente, mandaban y ponían a cada uno en su lugar. Si los antiguos patrones lo encontraran lo arrancarían de allí, pues ese mundo le era ajeno. De últimas, el mandato era que entre negros y caldenes, los hermanos mataran a sus hermanos”.

*Cenzo Brau, protagonista del cuento
homónimo de Evar Amieva*



“Con todo, la seguridad de la familia, la residencia de los dioses tutelares que los amparaban estaba, desde siempre, en los grandes del monte: esos imponentes caldenes y algarrobos que florecían con unos pequeños gusanitos de mínimas ciliadas tan débiles que cualquier lluvia deshacía frustrando su posterior transformación en largas vainas curvadas, alimento indispensable de animales y cristianos en el invierno”.

Evar Amieva



“Hace pocos años, en estas mismas avanzadas de la Pampa, de pie sobre mi sulky tuve ante mis ojos uno de los espectáculos más grandes que archivo en mi memoria: cielo y trigo, azul y oro interminables que se besaban en el horizonte de donde no surgía para orientarse, ni un árbol, ni un molino, ni el humo de ninguna chimenea.

Hoy en cambio, contemplo el estrago de tres años de fuego y encuentro débil el estro de Caro al cantar las ruinas de su Itálica famosa. ¡Estas eran las tierras de pan llevar!”.

“Hoy le sirve admirablemente para un pequeño difunto el cajoncito de ‘kerosene’ que, a su debido precio, le van a dar en el “boliche”, porque el comercio sin entrañas valora hasta estos restos de embalaje donde el extranjero trae su mercadería, que luego vende al paisano a precios subidos”.

Juan V. Monticelli



“Porque el Bautista había sido un asesino sin entrañas, y detrás de su nombre se habían ido entretejiendo crímenes, saqueos, violaciones de mujeres, y atropellos de toda índole. Mientras tanto, nosotros éramos los milicos amargos y cobardones que le teníamos miedo, y que lo salíamos a buscar para el lado contrario al que él se escapaba después de cada fechoría. Le habían hecho una leyenda a su alrededor, y lo amparaban. Bolicheros rurales le daban armas, balas, vicios. En los puestos lo escondían en sus galpones, o en las mismas casas. Las mujeres se le entregaban por las buenas o por las malas. Y había baqueanos que lo metían, a él y a sus compinches, por esos caminos ocultos de las caldenadas de los años treinta y cinco, todavía tupidas antes de que llegara la voracidad de obrajes y aserraderos.”

Hugo Redondo



“Ya no existe Juan Bautista Bairoletto, el bandido generoso que, al decir de los humildes, ayudaba a los pobres, y que la leyenda sentimental del pueblo que gusta elegir y glorificar, después de forjarlos con la imaginación, a sus héroes, se enriquece ahora con las hazañas del bandido famoso y, en rueda de fogones, en noches pampeanas alumbradas de estrellas y rodeadas de misterios, seguirá siendo símbolo de coraje y, por muchos años, el hombre que peleaba a la partida ‘y que no peleaba sino por necesidad’”.

*Muerte de Bairoletto, Nueva Época, 20 de setiembre de 1941,
General Alvear - Mendoza.*





En el relato “Un artista del Oeste”, un joven sordo encuentra en sus ojos la única herramienta para entender la realidad exterior, y corporiza su relación con el mundo, en ausencia de la palabra, a través de una obra hecha con los materiales que forman su universo, su paisaje:

“Fue, entonces, que comenzó su obra. Buscó el reparo de una barranca que miraba al norte para recoger la luz del sol desde el amanecer a la puesta, como, también, los reflejos de la luna durante la noche. Construyó un esqueleto de ramas afirmadas en el suelo que recubrió con arcilla de la misma barranca, para formar una especie de huevo puesto de punta de casi dos metros de altura. Sobre esa base se dio a explicar con luz, color y formas lo que le bullía adentro. Describió la conversación con el sol, la luna y las estrellas con la tierra y sus criaturas y de los milagros que surgían a su paso en los vagabundeos por el campo. Fueron momentos muy felices al ver las propuestas de su invención reflejadas en el tema que desarrollaba con las manos, sobre ese huevo luminoso. Los materiales con que hizo su trabajo los tomó de las distintas tierras de texturas y colores diversos, depositadas en la barranca y en el lecho del ex río reseco, ya salino, ya negro, piedritas recogidas en sus andanzas, hojas, cortezas, pajas

afiladas, cristales de sal, plumas de pájaros, cáscaras de insectos, huesos y dientes de osamentas, cantos rodados de colores, pedazos de conchas nacaradas que dejó el mar arcaico y afloramientos geológicos descubiertos por el viento y el agua. Cuanto reflejara la luz y la modificara era una palabra más de ese canto que lo sumergía en la cadencia mayor de la naturaleza. Quizá el resultado fuera monstruoso para nosotros, hijos de las llamadas leyes de la óptica, la proporción y la perspectiva, pero, él, concretó a la perfección su propósito, lo que quiso decir lo dijo, cabalmente. Había construido su propia y original versión del mundo, es decir, un orden de extraordinaria belleza que se le revelaba como una epifanía. Algunas veces, el sol o la luna recorriendo la superficie de ese huevo iridiscente le descubrían nuevos signos para que su corazón viera y sintiera, a la manera de un registro profundo de la fe, pero en otras, la luz que sobraba en el páramo, bailaba una danza llena de misterios con notas fugaces que no alcanzaba a penetrar. Se daba cuenta lo pequeña y tosca que era su humanidad, intuyendo que algo superior y sagrado insistía en manifestarse sin que alcanzara a aprehenderlo”.

Evar Amieva, “Un artista del Oeste”



SOBRE LAS FOTOGRAFÍAS

Tapa Los Mimbres. Naicó. Departamento Toay. La Pampa. Abril 2014.

Pagina 2 Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Noviembre 2013.

Página 10 Las Isletas. Departamento General Pedernera. San Luis. Julio 2014.

Página 14 Los Mimbres. Naicó. Departamento Toay. La Pampa. Abril 2014.

Página 16 Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Noviembre 2013.

Página 19 Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Julio 2015.

Página 20 Las Taguas. San Luis. Departamento Pedernera. Setiembre 2014.

Página 22 Bosque quemado. Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Noviembre 2013.

Página 24 Colonia Sarmiento. Departamento General Roca. Córdoba. Setiembre 2017.

Página 27 Reserva Chasicó. Departamento Tornquist. Buenos Aires. Noviembre 2015.

Pagina 20 Parque Luro. Departamento Toay. La Pampa. Agosto 2014.

Pagina 31 Parque Luro. Departamento Toay. La Pampa. Noviembre 2014.

Pagina 33 Parque Luro. Departamento Toay. La Pampa. Noviembre 2014.

Pagina 35 Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Julio 2016

Página 37 Chañar florecido. Reserva Chasicó. Departamento Tornquist. Buenos Aires. Noviembre 2015

Pagina 39 Caldenes quemados. Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Julio 2015

Página 41 Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Julio 2015.

Página 42 Los Mimbres. Naicó. Departamento Toay. La Pampa. Abril 2014.

Página 47 Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Julio 2015.

Página 49 Los Mimbres. Naicó. Departamento Toay. La Pampa. Abril 2014.

Página 51 Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Julio 2015.

Página 53 Bajo Verde. Departamento Capital. La Pampa. Agosto 2016.

Página 55 Parque Luro. Departamento Toay. La Pampa. Agosto 2014.

Página 57 Desmonte. Las Isletas. Departamento General Pedernera. San Luis. Julio 2014.

Página 59 Parque Luro. Departamento Toay. La Pampa. Agosto 2014.

Página 61 Las Taguas. Departamento General Pedernera. San Luis. Setiembre 2014.

Página 63 Bajo Verde. Departamento Capital. La Pampa. Agosto 2016.

Página 65 Parque Luro. Departamento Toay. La Pampa. Noviembre 2014.

Página 67 Caldén quemado. Estancia La Holanda. Carro Quemado. La Pampa. Noviembre 2013.

Página 69 Parque Luro. Departamento Toay. La Pampa. Noviembre 2014.

Página 70 Las Isletas. Departamento General Pedernera. San Luis. Julio 2014.

Página 73 Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Julio 2015.

Página 75 Reserva Chasicó. Departamento Tornquist. Buenos Aires. Noviembre 2015.

Página 77 Bajo Verde. Departamento Capital. La Pampa. Agosto 2016.

Página 79 Las Isletas. Departamento General Pedernera. San Luis. Julio 2014.

Página 81 Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Julio 2015.

Página 83 Estancia La Holanda. Carro Quemado. Departamento Loventué. La Pampa. Julio 2015.

Página 85 Los Mimbres. Naicó. Departamento Toay. La Pampa. Abril 2014.

Página 87 Los Mimbres. Naicó. Departamento Toay. La Pampa. Noviembre 2013.

Página 89 Los Mimbres. Naicó. Departamento Toay. La Pampa. Abril 2014.

Página 91 Los Mimbres. Naicó. Departamento Toay. La Pampa. Abril 2014.

Página 92 Las Isletas. Departamento General Pedernera. San Luis. Julio 2014.

Página 95 Las Isletas. Departamento General Pedernera. San Luis. Julio 2014.

BIBLIOGRAFÍA

DE LAS CITAS:

Amieva, Evar O. *Crónicas de Pichimirico*, Santa Rosa, La Pampa, Fondo editorial pampeano, sin mención de año.

Asquini, Norberto; Walter Cazenave y Jorge Etchenique. *Conflictos sociales en La Pampa (1910-1921)*, Santa Rosa, Fondo Editorial Pampeano, 2013.

Barbará, Federico. *Manual de la lengua pampa*, Buenos Aires, Emecé 2000.

Bogino, Stella; Esteban Dussart y Andrea Medina. *Dendroecología de la Pampa Seca, en Ecosistemas. Revista científica de ecología y medio ambiente*, Madrid, Mayo-Agosto de 2015.

Cazenave, H. Walter. *Campo Pampeano. Una contribución al conocimiento de su historia. Desde los orígenes hasta 1914*, Santa Rosa, La Pampa, Fondo Editorial Pampeano, 1993.

Cazenave, H. Walter y José Carlos Depetris. *Crónicas Ranquelinas*, Santa Rosa, Edición de la Subsecretaría de Cultura de La Pampa. Departamento de Investigaciones Culturales, 1998.

Copello, Santiago Luis. *Gestiones del Arzobispo Aneiros a favor de los indios hasta la conquista del desierto*, Editorial Difusión, Buenos Aires, 1944.

Deibe, Hernán. *Canciones de los indios pampas*, Buenos Aires, El Ateneo, 1946.

Epopeyas pampeanas. Narradores 1. Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos y Subsecretaría de Cultura de La Pampa. Cooperativa popular de electricidad, obras y servicios públicos de Santa Rosa. Ltda.

Fernández C, Jorge. *Historia de los indios ranqueles. Orígenes, elevación y caída del cacicazgo ranquelino en la pampa central (siglos XVIII y XIX)*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, 1998.

Meinrado Hux, P. *Caciques Pampa-Ranqueles*, Buenos Aires, El elefante blanco, 2013.

Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño (1834-1874), Buenos Aires, El elefante blanco, 1999.

Monticelli, Juan V. *Far West Argentino*, Buenos Aires, Tipografía del Colegio Pio IX, 1933.

Nueva Época. Periódico de General Alvear, Mendoza, 20 de septiembre de 1941.

Roqué de Padilla, Justa. *Lo que cuentan los árboles de nuestras queridas tierras argentinas*, Buenos Aires, Talleres S.A. Casa Jacobo Peuser,Ltda., 1924.

DE CONSULTA:

Abbona, Anabela Elizabeth. “*El hombre a todo se amolda*”: territorio y trayectorias de incorporación subordinada de indígenas en La Pampa. El caso de José Gregorio Yankamil, 1900-1980, versión on-line, en Memoria americana, Nro. 21.1, Buenos Aires Enero-Junio de 2013.

Bonatti, Andrés y Javier Valdez. *Historias desconocidas de la Argentina indígena*, Buenos Aires, Edhasa, 2011.

Una guerra infame. La verdadera historia de La Conquista del Desierto, Buenos Aires, Edhasa, 2015.

Cazenave, H. Walter y José Carlos Depetris. *Crónicas Ranquelinas*, Santa Rosa, Edición de la Subsecretaría de Cultura de La Pampa. Departamento de Investigaciones Culturales, 1998.

Chumbita, Hugo. *Última Frontera Vairoleto: vida y leyenda de un bandolero*, Buenos Aires, Planeta, 1999.

Meinrado Hux, P. *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño (1834-1874)*, Buenos Aires, El elefante blanco, 1999.

Roulet, Florencia. *Huincas en tierra de indios. Mediaciones e identidades en los relatos de viajeros tardocoloniales*, Buenos Aires, Eudeba, 2016.

Salomón Tarquini, Claudia. *Largas noches en La Pampa. Itinerarios y resistencias de la población indígena (1878-1976)*, Buenos Aires, Prometeo libros, 2010.

Salomón Tarquini, Claudia y María de los Ángeles Lanzilotta. *Un Quijote en La Pampa. Los escritos de Manuel Lorenzo Jarrín (1883-1942)*, Santa Rosa, Fondo Editorial Pampeano, 2011.

Sánchez, Enrique. *Biografía del Dr. Adolfo Alsina. Recopilación de sus discursos y escritos*, Buenos Aires, Imprenta de la Tribuna, 1878.

Stieben, Enrique. *Hualicho Mapu. Leyendas, cuentos y relatos de la pampa misteriosa*, Buenos Aires, Editorial Albatros B. Carballeira y Cía., 1951.

Valko, Marcelo. *Pedagogía de la desmemoria*, Buenos Aires, Continente, 2013.

AGRADECIMIENTOS

A los docentes de Dasonomía y Silvicultura de las Universidades Nacionales de San Luis, La Pampa, Río Cuarto y Guardaparque de la Reserva Chasicó, Provincia de Buenos Aires.

